

Los escenarios de la Decena Trágica

Plazas, monumentos, cuarteles, edificios y restaurantes



Los escenarios de la Decena Trágica

UNO DE LOS CAPÍTULOOS MÁS ESTREMECEDORES EN LA HISTORIA DE LA capital aconteció entre el 9 y el 19 de febrero de 1913, el cual es conocido como la Decena Trágica. Durante aquellas jornadas, ocurrieron levantamientos militares que sumieron a la ciudad y al país entero en una gran inestabilidad. Las calles y plazas que hemos recorrido numerosas veces en completa calma fueron entonces escenarios de batallas, asonadas y trágicas muertes. Fue un momento doloroso, pero definitorio para la vida nacional, esencial para comprender el complejo proceso revolucionario del cual nació la etapa moderna de México.

El Centro Histórico fue el lugar donde ocurrieron las refriegas que lo dejaron marcado y que transformaron algunos de sus rasgos, desde los nombres de algunas calles hasta las funciones de ciertos espacios que hoy podemos seguir visitando. Así que invitamos a los lectores a que nos acompañen en este paseo por las plazas, monumentos, cuarteles, edificios y restaurantes que tuvieron relevancia en aquel momento y que hoy son parte de nuestro patrimonio.

Esperamos que lo disfruten.

Los editores



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO



En portada

Biblioteca de México
en La Ciudadela

POR ALEJANDRA CARBAJAL



En contraportada

El Centro ilustrado

POR MARIANA GONZÁLEZ

Km Cero ES UNA PUBLICACIÓN MENSUAL GRATUITA EDITADA POR EL FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO. AÑO 12, NÚMERO 145.

Claudia Sheinbaum Jefa de Gobierno de la Ciudad de México • **Loredana Montes** Directora General del FCHCM • **Anabelí Contreras** Coordinadora de Promoción y Difusión del FCHCM • **Jorge Solís** Director editorial • **Laura A. Mercado** Diseño y formación • **Alejandra Carbajal** (pp. 2-7, 10, 15-21, 23-25, 28-29) y **Arturo García** (pp. 12-15) Fotografía • **Patricia Elizabeth Wocker** Corrección de estilo • **Montserrat Mejía** Asistente • **Gil Camargo, Gabriela Conde Moreno, Mariana González, Natalia Gurovich, Oriana JC, Sofía Meza** y **Arturo Reyes Fragoso** Colaboradores

REDACCIÓN: República de Brasil 74, segundo piso, Centro Histórico, Cuauhtémoc, 06010 • **Teléfonos:** 55 5709 6974
55 5709 7828 | 55 5709 8005

IMPRESIÓN: COMISA. General Victoriano Zepeda 22, Observatorio, Miguel Hidalgo, 11860 • **Teléfono:** 55 5516 8586

Número de certificado de reserva 04-2016-041412402300-102



02

EpiCentro

El Palacio Nacional



22

CentrArte

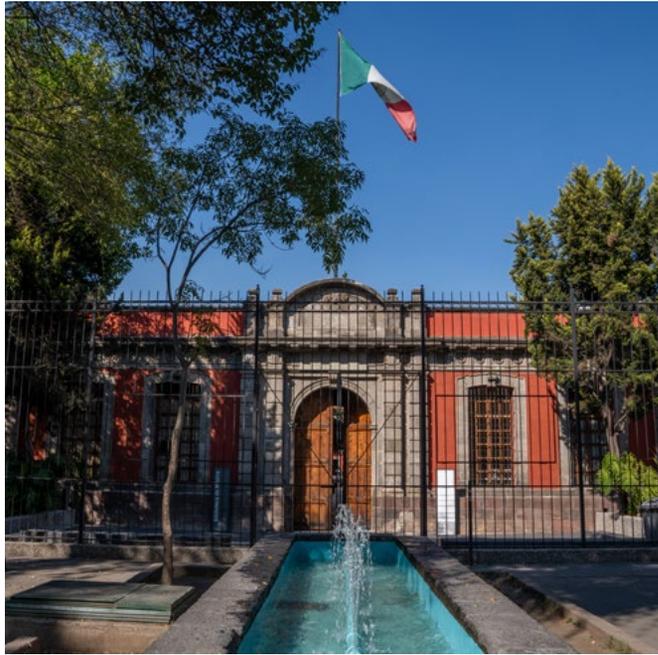
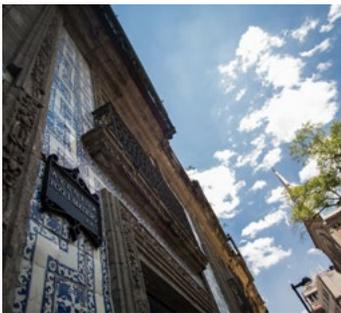
Casa del Marqués del Apartado



26

Centro en cocción

Un paseo gastronómico por el siglo XIX



10

A fondo

Los escenarios de la Decena Trágica



08 Instantáneas



30 Cartelera



32 Niños



El Palacio Nacional

POR ORIANA JC

Este recinto es uno de los edificios más relevantes de la arquitectura civil en nuestro país y un sitio emblemático donde se han definido numerosos aspectos de la vida nacional a través de los siglos.

ES POSIBLE NARRAR BUENA PARTE DE LA HISTORIA DE nuestro país centrándonos en algunos edificios de gran relevancia que fueron escenarios de momentos sumamente significativos. Por ejemplo, la catedral de Chilpancingo, en Guerrero, sede del Congreso de Anáhuac convocado por Morelos en 1813, en plena etapa insurgente; o el antiguo Colegio de San Pedro y San Pablo –donde ahora se encuentra el Museo de las Constituciones–, que albergó al primer Congreso mexicano entre 1822 y 1824, una vez consumada la Independencia.

Pero en estos casos se trataba de recintos religiosos que fueron adaptados para cumplir con funciones distintas a su propósito original. Si nos basamos exclusivamente en el terreno de la arquitectura civil, seguramente el edificio de mayor envergadura es el Palacio Nacional.

Como el resto de la cultura mexicana, el Palacio encierra una historia de diversidad cultural. En primer lugar, está en el sitio donde estuvieron las llamadas «casas nuevas» del *tlatoani* Moctezuma, cuyas dimensiones al parecer eran mayores que las de la construcción actual, pues en dirección hacia al sur se extendían hasta la Plaza del Volador.

El entorno mismo donde se localiza nos ayuda a comprender los distintos procesos de mestizaje de los cuales surgió la ciudad. Esta no solo pretendía ser una réplica de las construcciones europeas, porque del otro lado del océano no había nada parangonable. En *Arquitectura parlamentaria en México* así lo expresa Deyan Sudjic:

En el corazón de la Ciudad de México se encuentra una de las manifestaciones físicas más espectaculares de un proceso de fusión cultural. El llamado Zócalo es el sitio de una violenta colisión entre culturas; un espacio cuya escala fue definida por las raíces ancestrales de México y que ahora se encuentra revestida con la arquitectura de un imperio colonial. Europa exportó la arquitectura barroca [...]. Sin embargo, a pesar del origen europeo del lenguaje de las fachadas y edificios que rodean al Zócalo, en España nunca hubo nada que tuviera la escala épica de este lugar tan particular.



**A partir de 1562
las autoridades virreinales
obtuvieron los terrenos
donde comenzó a construirse
el palacio que funcionaría
como sede de los poderes
y nuevo símbolo de la
integración cultural.**

El tema de las dimensiones no se debe a un simple capricho, sino que respondía a la naturaleza populosa de la antigua Tenochtitlan. La cédula donde se delimitan los terrenos está firmada por un representante de Carlos V en 1529. Primero fueron cedidos al Marqués del Valle de Oaxaca, pero en 1562 las autoridades decidieron recuperar el sitio para establecer ahí lo que desde entonces ha funcionado como la sede del poder –primero con emperadores y virreyes, luego con gobernantes civiles–. No solo se planeó que sirviera como casa y oficinas para el virrey, sino que ahí se acondicionaría una cárcel, una casa de moneda e incluso podría haber pequeñas accesorias de carácter comercial, como lo rememora José María Marroquí en las páginas de *La Ciudad de México*.

Pero en la época virreinal no siempre se trató de un sitio de esplendor e incluso vivió momentos críticos, como el devastador incendio de 1692. El propio Marroquí nos lega un vívido retrato de los problemas que sufría el entorno:



...aquél era una especie de lugar público, en cuyo patio principal las cocheras eran bodegones y las escaleras y corredores una inmundicia tal, que nadie podía andar por ellos sino con mucha precaución. La plaza tenía por el lado del Portal de las Flores la acequia, en donde se arrojaban todas las suciedades de las casas vecinas, pues no había carros de policía de día ni de noche; enfrente, la Catedral estaba rodeada de un alto paredón que era lo que formaba el cementerio, teniendo, además, sus torres mochas, pues ni ellas ni la fachada estaban concluidas [...], y por último adorno, en medio de la plaza, se hallaba colocada la horca, con su correspondiente picota, rodeada de letrinas públicas, y el resto cubierto con puestos con sombras de petates.

El embellecimiento del lugar y la ampliación del Palacio Virreinal se debió a reformas y modificaciones graduales

llevadas a cabo en la segunda mitad del siglo XVIII, en especial durante el mandato del virrey Juan Vicente de Güemes y Pacheco, segundo Conde de Revillagigedo.

El complejo proceso de la Guerra de Independencia, con sus consecuentes crisis políticas, sociales y económicas, ocasionó que el recinto volviera a sufrir un serio deterioro. En 1821, cuando Iturbide se proclamó emperador, el Real Palacio comenzó a ser conocido como Palacio Imperial. Fue ahí que los miembros de una junta de gobierno provisional firmaron el *Acta de independencia del Imperio Mexicano*, que marcaba el fin de una época y el inicio de otra.

Por su parte, Guadalupe Victoria fue el primer presidente en vivir en ese sitio, en 1823. El cronista Artemio de Valle Arizpe cuenta que en una modesta habitación del Palacio también residía Servando Teresa de Mier. Cada día el presidente Victoria iba a saludarlo, preguntándole cómo iban sus males. «¿Cómo han de ir, señor? –respondía el fraile, un tanto en broma, un tanto en serio—. Como los males de la República: de mal en peor».



Tribuna en el Recinto Legislativo de Palacio Nacional, Pietro Gualdi, ca. 1841



Esas palabras resultaron proféticas, pues los comienzos de la vida independiente no fueron sencillos ni para el recinto ni para el país, que durante el resto del siglo XIX sufrió alzamientos, inestabilidades políticas, invasiones extranjeras y una prolongada guerra civil. Tanto las conquistas como los pesares se reflejaron, a su manera, en la historia de este sitio emblemático.

En 1829, por ejemplo, como parte de la efervescencia por el inicio de la vida nacional, el Palacio se convirtió en la nueva sede del poder legislativo, además de estar destinado para el ejecutivo. Pero en 1872 un catastrófico incendio expulsó a los legisladores, cuando las llamas consumieron buena parte del lugar; los documentos fueron rescatados por el diputado Gabriel Mancera, pero hubo pérdidas materiales irreparables. Cuando se cumplieron cien años de este episodio trágico, pudo restaurarse el recinto original, basándose en una litografía de Pietro Gualdi.

Durante el porfiriato se hicieron diversos trabajos para continuar con la recuperación y el embellecimiento del recinto, en un momento donde se realizaron distintas obras para impulsar la modernización del país. Para entonces el Palacio ya albergaba distintos ministerios de gobierno, como el de Hacienda, presidido por José Ives Limantour, quien contrató a arquitectos como Antonio Rivas Mercado para acondicionar y construir varios de los salones interiores.

Se iba acercando el año de 1910 y el plan era continuar con las renovaciones tanto de la fachada como de los despachos gubernamentales como parte de los festejos por el centenario de la Independencia. Pero un nuevo sacudimiento político cimbró al país con el inicio de la Revolución. Esto dejó inconclusas varias obras, las cuales tuvieron que ser retomadas hasta la década de los veinte, una vez que el nuevo régimen revolucionario fue encontrando su propio cauce y creando las instituciones modernas.



Fue en esta etapa cuando el Palacio adquirió varias de las características con las que se mantiene hasta nuestros días. En 1926 comenzó la remodelación de la fachada y la construcción del tercer piso. También se trasladó al recinto la emblemática campana de Dolores, con la que inició el levantamiento insurgente encabezado por Hidalgo. Varias secretarías de Estado fueron abandonando poco a poco el sitio y mudándose a otros edificios más modernos, lo que permitió la construcción de otros espacios, jardines y bibliotecas e incluso la reservación de espacios para las nuevas expresiones de la naciente escuela mexicana de pintura, como los murales que Diego Rivera pintó en 1935.

Las sucesivas transformaciones que el Palacio ha ido experimentando han asentado cada vez más su importancia, ya no solo como sede de los poderes públicos, sino como uno de los sitios representativos de toda nuestra historia, al pie de la Plaza Mayor. 📍

**Durante
la etapa del México
posrevolucionario
el Palacio Nacional
experimentó varias
de las transformaciones
que ayudaron a definir
sus rasgos arquitectónicos
actuales.**

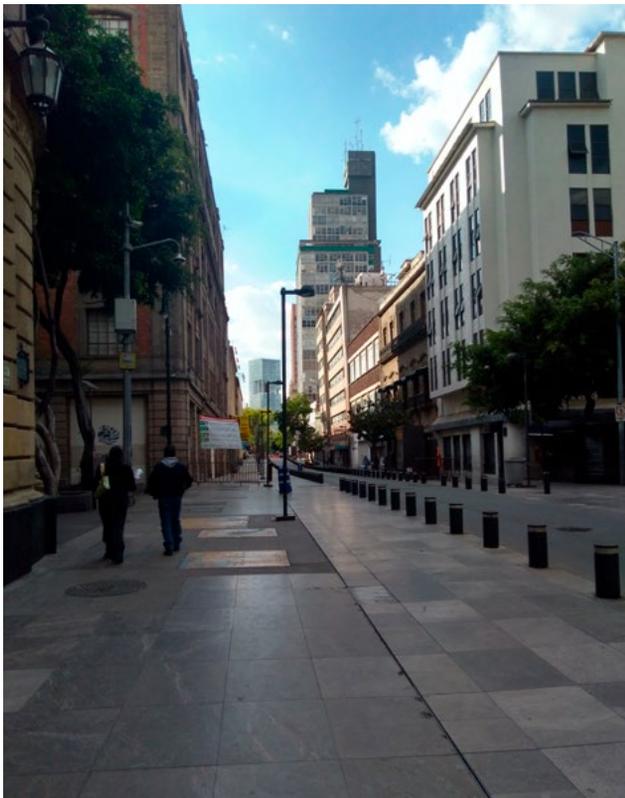
La imagen del día

Incluso cuando no estamos en las calles, nuestras huellas siguen ahí, en la misma medida en que nosotros llevamos las marcas que han dejado en nosotros, lo que nos han dejado por haberlas recorrido.

Richard Blair



Esperanza perdida de Catedral, César Antonio Serrano Camargo



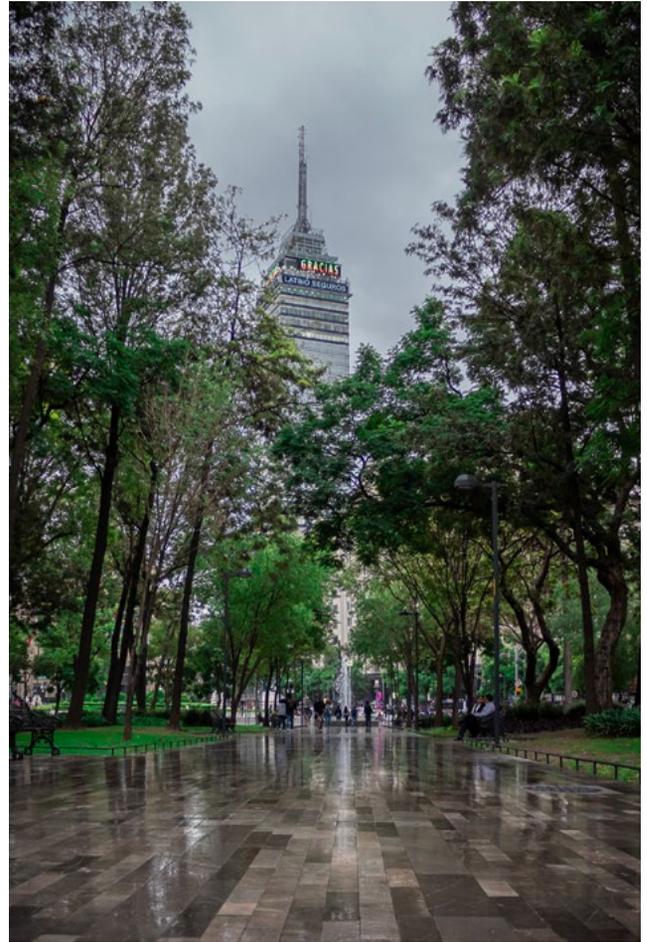
Soledad... o no, Fernanda Simón



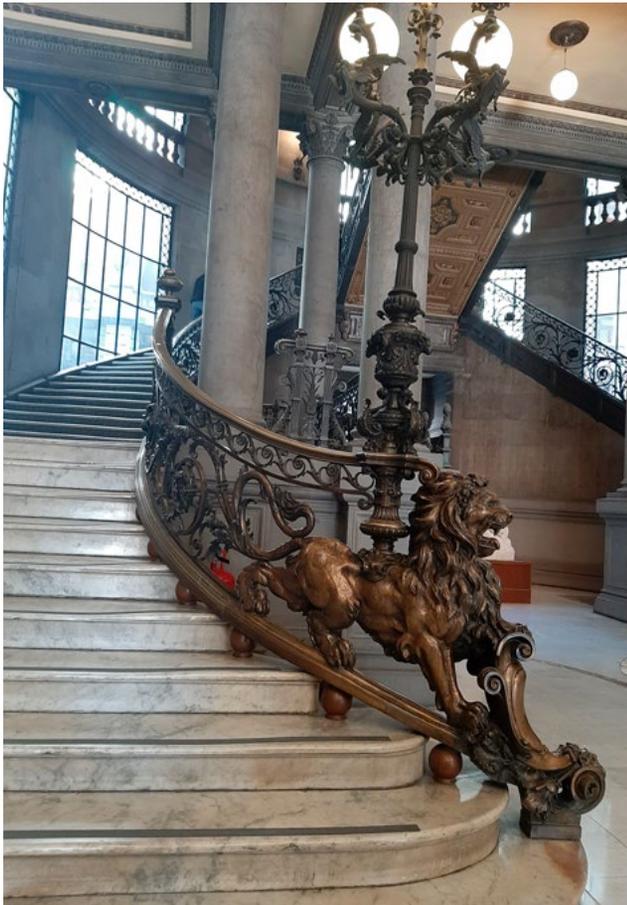
Jardín Loreto, Rafael Guízar



La Ciudad de los Palacios, Ricardo Guerra Díaz



Alameda, Omar García Sarmiento



Escaleras, Museo Nacional de Arte, Alma Cecilia García Vences

¿Quieres ver tu foto publicada como la #ImagenDelDía?

Anímate a participar.
Solo manda tu fotografía del Centro Histórico con un título a kmcerorevistach@gmail.com o a través de nuestras redes sociales:

 [@kmcerorevista](https://twitter.com/kmcerorevista)
 [KmCero.CentroHistorico](https://www.facebook.com/KmCero.CentroHistorico)

A fondo

LOS ESCENARIOS DE LA DECENA TRÁGICA



POR ARTURO REYES FRAGOSO

Durante diez días de febrero de 1913, el Centro Histórico fue el escenario de levantamientos militares que sumieron al país en una gran crisis.

En este texto se plantea un recorrido por algunos edificios, plazas, restaurantes y cuarteles que tuvieron un papel destacado en aquellos episodios y que hoy forman parte de nuestro patrimonio cultural.



DE LOS MUCHOS EPISODIOS DE LA REVOLUCIÓN Mexicana, pocos igualan a los acontecimientos trágicos conocidos como la Decena Trágica, los cuales ocurrieron en algunos puntos del Centro Histórico, donde se enfrentaron un grupo de generales sublevados y las fuerzas leales al presidente Francisco I. Madero.

Lo sucedido a partir de la mañana dominical del 9 de febrero de 1913 quedó registrado por diversos historiadores, testigos y protagonistas de los hechos. Entre ellos Manuel Márquez Sterling, embajador de Cuba en México en aquel momento, quien intercedió infructuosamente por las vidas

del presidente Madero y el vicepresidente José María Pino Suárez (por lo cual se le honra con una calle que lleva su nombre, en las inmediaciones del Mercado de San Juan). Igual lo narran algunos de los más connotados escritores nacionales: Francisco L. Urquiza, Martín Luis Guzmán, Luis Spota, José Fuentes Mares y, recientemente, José Manuel Villalpando, Ignacio Solares y Paco Ignacio Taibo II.

Podemos recorrer algunos de los sitios de la Decena Trágica para imaginar lo ocurrido entonces. Y si ponemos atención, notaremos que todavía reverberan los sonidos de las explosiones, la fusilería y los lamentos de incontables heridos que inundaron la atmósfera de la capital.



Zócalo

La batalla del Zócalo

Resulta difícil concebir al corazón del país como escenario de la más cruenta batalla de su historia moderna. Si bien las edificaciones que circundan la Plaza de la Constitución permanecen casi iguales –en su límite occidental, en el Viejo Portal de Mercaderes, operaba desde hacía décadas la sombrerería Tardán, aunque entonces Palacio Nacional todavía no disponía del último nivel con que lo conocemos, agregado hasta mediados de los años veinte del siglo anterior–, su plancha central era distinta a como se aprecia actualmente, al contar con árboles, jardineras y un enorme quiosco central, así como la terminal de los tranvías que conectaban el Centro con lugares tan distantes como La Villa y Xochimilco.

«La Ciudad de México por el año de 1913 era provinciana, tranquila, apacible. Su vida nocturna culminaba cuando concluían las funciones de los teatros. Nada perturbaba la calma reinante desde esas horas de la medianoche hasta el

amanecer, que lo anunciaban los pregones de los vendedores y el rodar de los carros por las empedradas calles», rememora Urquiza, en *La Ciudadela quedó atrás*. Dicha calma se trastocaría la madrugada del 9 de febrero, cuando Bernardo Reyes fue liberado de la prisión militar de Santiago Tlatelolco, el antiguo convento virreinal donde permanecía recluido tras una fallida sublevación.

Martín Luis Guzmán describe en «Febrero de 1913» la elegante indumentaria del general porfirista de patriarcal barba: traje negro *sport*, botas militares y capote español. Por su parte, en *Un sueño de Bernardo Reyes*, Ignacio Solares agrega que dicho capote fue un regalo del rey Alfonso XIII y consigna la ropa interior nueva y recién lavada usada para la ocasión por el padre del escritor Alfonso Reyes.

–Si caigo en el combate, quiero que hasta en el último de los detalles comprueben que fui un caballero, decente y limpio –se justificaría, pudoroso, ante su hijo Rodolfo, a quien le pidió llevársela a su celda.



Sombrería Tardán

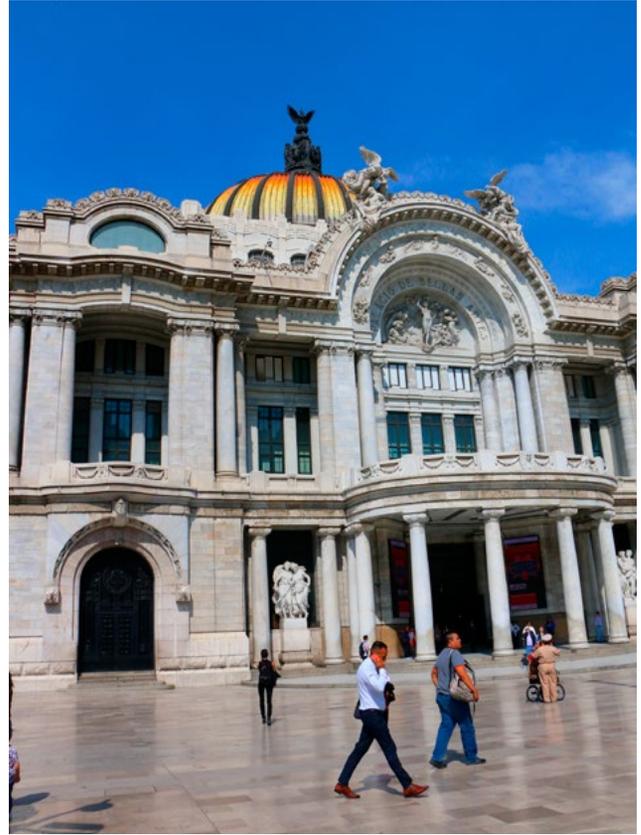
Otro toque de distinción consignado por Solares es la piel de leopardo que recubría la silla militar de la cabalgadura con que el general Reyes encabezó la marcha de los sublevados al Palacio de Lecumberri, acompañado por su secuaz Manuel Mondragón. Ahí liberaron a Félix Díaz para luego dirigirse al Centro de la ciudad, al que ingresaron por la calle de Moneda: su destino era el Palacio Nacional, el cual fue tomado por integrantes de la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan.

Los golpistas descubrieron al momento de llegar que el recinto había sido recuperado mediante una intrépida acción del general Lauro Villar, quien, aquejado por un ataque de gota, dispuso una línea de tiradores y dos ametralladoras para recibirlos. Antes había aprehendido personalmente al ingenuo general Gregorio Ruiz, quien se adelantó para exigir la rendición de las fuerzas oficiales; al poco rato terminó fusilado dentro del propio Palacio Nacional.

Con el propósito de lograr el asalto al Palacio Nacional, los militares sublevados avanzaron por la calle de Moneda.



Catedral Metropolitana



Palacio de Bellas Artes

Sin atender razones ni súplicas, Bernardo Reyes se adentró al Zócalo al encuentro con Villar, quien lo conminó a rendirse. Por su parte, Reyes intentó convencerlo «de la sabiduría y honradez del golpe» —la expresión es empleada por Taibo II en *Temporada de zopilotes*—. Asimismo, intentó envolver a su adversario con la cabalgadura, lo que desató un tiroteo. La primera víctima fue el propio general Reyes, acibillado por el fuego de la ametralladora operada por Adolfo Bassó, el intendente de Palacio.

El infierno desatado en el corazón de la ciudad no solo cobró infinidad de víctimas entre los bandos contendientes, sino también en los curiosos que se acercaron y hasta en los feligreses que salieron de la misa recién oficiada en Catedral, desde cuyas torres disparaban francotiradores apostados por los golpistas, que después lograron escabullirse disfrazados de curas, «con la complicidad de los sacerdotes», según el mismo Taibo.

Al enterarse de la asonada, Madero salió del Castillo de Chapultepec, donde se ubicaba la residencia presidencial, escoltado por los cadetes del Colegio Militar. Luego de re-

correr Paseo de la Reforma, continuó por la avenida Juárez, seguido por una multitud de civiles que lo aclamaba y le solicitaba armas para defender su gobierno. Un sorpresivo tiroteo lo obligó a refugiarse en el estudio fotográfico Daguerre, que de acuerdo con Rafael Pérez Gay estaba en un predio actualmente ocupado por el edificio de La Nacional. Del otro lado avanzaba la construcción de lo que sería el Teatro Nacional, pero que los acontecimientos políticos obligaron a interrumpir, hasta que en 1934 se inauguró como Palacio de Bellas Artes.

Dentro del estudio fotográfico, Madero se enteró de que Lauro Villar resultó herido en la refriega del Zócalo. Se lo comunicó el propio Victoriano Huerta, que recién se había sumado a la comitiva presidencial unas cuadras antes. En su crónica sobre los acontecimientos, José Manuel Villalpando recrea las palabras del fatídico ofrecimiento de Huerta a Madero:

—¿Me permite usted, señor presidente, que me haga cargo de todas las fuerzas para disponer lo que yo juzgo que debe hacerse para la defensa de usted y su gobierno?



Casa de los Azulejos



Templo de La Profesa



Palacio de Iturbide



Museo del Estanquillo

El destino de Madero quedó sellado cuando aceptó la propuesta de ese hombre de holgado abrigo negro, mirada oculta tras unos espejuelos ahumados y ostentosa fama de alcohólico.

Madero y su comitiva ingresaron al primer cuadro de la ciudad por la calle de San Francisco, que al año siguiente fue rebautizada con su nombre –la vialidad peatonal que actualmente solo puede transitarse de este a oeste, a causa de las medidas ante la emergencia sanitaria–. El primer signo de gran extrañeza fue la aparición de caballos sin jinete que atravesaban a galope por San Juan de Letrán, que más tarde se transformó en el Eje Central Lázaro Cárdenas.

Pasaron después por la Casa de los Azulejos, sede del exclusivo Jockey Club, y el templo de San Francisco. A su derecha los escoltó la abigarrada fachada de piedra y tezontle del Palacio de Iturbide –hoy ocupado por el Palacio de Cultura Citibanamex–, antes de transitar a un costado del templo de La Profesa, en el cruce con Isabel la Católica; en la contraesquina estaba el edificio de la joyería La

Esmeralda –donde hoy opera el Museo del Estanquillo–. Llegaron finalmente a la Plaza Mayor, que para entonces mostraba ramas de árboles trozadas a balazos, entremezcladas con cadáveres de caballos y personas. Así lo señala José Fuentes Mares, en *La Revolución Mexicana. Memorias de un espectador*:

Más de quinientos curiosos quedaron tirados también, grotescamente, sobre el asfalto y las aceras. Entre las víctimas había de todo, desde léperos y vendedores ambulantes hasta damas pacatas que salían de su misa dominical; soldados leales y rebeldes, y el cuerpo de Bernardo Reyes.

Para entonces, los sublevados se replegaron por Moneda, la calle por donde llegaron, con el propósito de dar un rodeo e ir a parapetarse tras los gruesos muros de La Ciudadela, apenas a kilómetro y medio del Zócalo, que se convirtió en su base de operaciones durante los siguientes días.



Biblioteca México

Bombardeo desde La Ciudadela

Francisco Urquiza ofrece una concisa descripción de La Ciudadela, antiguo cuartel militar y depósito de armas que ahora es sede de la Biblioteca México, a las afueras del metro Balderas:

Fue construida en la época colonial en des-poblado. Una manzana rectangular con gruesos muros de piedras y dentro de ellos habitaciones, grandes almacenes para armas y municiones, amplios patios y un foso circundante hicieron de la edificación una verdadera fortaleza.

Agrega el recuento del armamento disponible por los golpistas dentro del recinto: más de ochenta mil armas de fuego, veintiséis millones de cartuchos, trece mil granadas, ciento veinte ametralladoras y cuarenta cañones de diversos calibres (incluidas dos poderosas piezas navales) con los que lograron desarticular a las fuerzas gubernamentales destinadas a doblegarlos. A diferencia de los enfrentamientos desarrollados durante la invasión estadounidense, cuando las tropas invasoras tomaron por asalto el convento de Churubusco, Molino del Rey y el Castillo de Chapultepec, en esta ocasión los sublevados sometieron al Centro de la capital y sus alrededores con el único bombardeo de artillería indiscriminado en su historia.



La Ciudadela



Palacio de Cobián



Reloj de Bucareli

Durante el transcurso del jueves 13 de febrero, un cañonazo redujo a astillas la puerta principal de Palacio Nacional, debajo del balcón donde el presidente en turno suele tañir la campana de Dolores durante la ceremonia del Grito de Independencia. Otro disparo de cañón destruyó la torre del reloj de Bucareli, ubicado frente al Palacio de Cobián, sede actual de la Secretaría de Gobernación. El reloj original fue un obsequio que, tres años antes, la comunidad china hizo a la ciudad para conmemorar el centenario de la Independencia. El reloj que ahora vemos –en el cruce de Bucareli con Atenas– se reconstruyó en septiembre de 1921, para conmemorar la consumación de la Independencia.

Las afectaciones alcanzaron ámbitos privados. En *Los últimos días de Madero y Pino Suárez*, Márquez Sterling

consigna el lamento del ministro de Bélgica acreditado en México, a causa de la granada «que hizo explosión en el comedor de su lujosa residencia».

Una serie de componendas y traiciones culminaron el martes 18, cuando Félix Díaz y Victoriano Huerta, a quien Madero le había confiado defender su gobierno, firmaron lo que se conoce como Pacto de la Ciudadela (también llamado Pacto de la Embajada, porque se formalizó dentro de la embajada estadounidense), desconociéndose al gobierno legalmente instaurado. A las dos de la tarde del mismo día, el general Aureliano Blanquet aprehendió a Madero dentro de Palacio Nacional. A pocas cuadras de ahí, en el restaurante Gambrinus, su hermano Gustavo corría la misma suerte.



Edificio donde se ubicaba el restaurante Gambrinus



Calle Madero

Traición de sobremesa

A la distancia temporal resulta sorprendente imaginar cómo, en medio de los cruentos combates y la incertidumbre reinante en la capital, sus más lujosos restaurantes permanecieran abiertos, como el Gambrinus, el cual estaba en el actual cruce de la avenida Madero y Motolinía, donde hoy funciona una sucursal de una tienda de ropa; o el Sylvain, del que Artemio de Valle Arizpe nos cuenta que estaba situado en el número 51 de la avenida 16 de Septiembre, a donde mudó su sede original en Motolinía 11.

Sus mesas y gabinetes se encontraban abarrotados de comensales, entre los que había funcionarios gubernamentales, al igual que conspiradores civiles y militares. Ellos estaban lejos de padecer las carencias y sufrimientos del resto de la población, tal y como lo asienta Spota en *La pequeña edad*:



La mejor carne, las más frescas legumbres, los más deliciosos condimentos para las salsas, las más tiernas lonjas de jamón; el agua más pura, la cerveza más fría, los más añejos vinos, los más selectos quesos se anunciaban en los menús como en tiempos de paz y abundancia.

Durante aquellos aciagos días, el personal de los restaurantes, ataviado con impecables uniformes de corte europeo, no descansó para atender a los parroquianos, mientras los *sommeliers* sugerían alguna etiqueta de sus rebosantes cavas de refinados vinos, seguramente franceses, las orquestas amenizaban el ambiente con vals vieneses y las mujeres ataviadas con sedas, encajes y pieles soltaban «grititos ratoniles» ante las llamaradas desprendidas por la fuentes de plata, al momento en que los meseros realizaban al lado de sus mesas el ritual de añadir coñac a las *crêpes suzettes*.



Antigua sede del restaurante Gambrinus, sobre Francisco I. Madero

Existen diversas versiones sobre la aprehensión de Gustavo A. Madero en el restaurante Gambrinus. Todas coinciden en que, entre los otros comensales convocados, se encontraba Victoriano Huerta. Una noche antes, Gustavo Madero había conducido a Huerta ante su hermano para denunciarlo como un traidor vinculado con las fuerzas golpistas. Pero el presidente desestimó las acusaciones hacia el inculpado. En un giro inesperado, el episodio culminó cuando se concertó la cita para que Gustavo Madero y Huerta compartieran la mesa en dicho sitio al día siguiente.

Solares recrea los sucesos en *Madero, el otro*, donde el hermano del presidente acude a Gambrinus para compartir «un jugoso *chateaubriand* con salsa bernesa y una botella de vino con Huerta», acompañados del coronel Mass y los generales Delgado y Sanginés, con quienes brindaron antes de que Huerta lo sorprendiera con la siguiente petición:

–Don Gustavo, ¿me permite su pistola?

Huerta expresó la intención de regalarle una nueva arma. Recibió la Colt del hermano del presidente, la examinó pausadamente, quitándole el seguro y giró su tambor, ante la mirada cada vez más nerviosa de su propietario, y antes de que un mesero llegara a informarle de una llamada telefónica que lo hizo retirarse del salón con el arma en sus manos. Mientras tanto, acompañado de un grupo de soldados, Luis Fuentes –un teniente comprometido con una de las hijas de Huerta–, entró gritando:

–¡Se acabaron los juegos! ¡Está usted preso!

Mantuvieron preso a Gustavo Madero dentro del guardarropa del restaurante por varias horas. Luego lo trasladaron a Palacio Nacional y finalmente a La Ciudadela, donde fue brutalmente asesinado, al pie del monumento a Morelos, mientras él, aterrado, llamaba gritando a su madre (un detalle que registra Urquiza, a diferencia de otros autores, que guardaron pudorosa consideración hacia la víctima).

Taibo II contabiliza treinta y siete heridas en el mutilado cuerpo, incluida la propiciada por el bayonetazo en un ojo que lo cegó por completo, pues su otro ojo era postizo (razón por la que sus adversarios le endilgaron el infamante mote de «Ojo parado»).

«Es tiempo de que yo hable de la impericia de los militares para asesinar», lamenta con descaro Victoriano Huerta en unas supuestas memorias publicadas de forma anónima. «Nadie, señores, mata más mal que ellos. Y esto no obstante que debíamos de ser los más aptos en el arte de matar, pues llevamos sobre los civiles la ventaja de la práctica...».

Márquez Sterling describe la intendencia de Palacio Nacional, donde Madero permaneció recluido con el vicepresidente Pino Suárez y el general Felipe Ángeles. La componían cuatro habitaciones, incluido un «depósito de trastos» utilizado por los cautivos de comedor, así como una sala habilitada con un sofá, media docena de butacas recubiertas de piel oscura y una mesa de mármol donde, irónicamente, reposan varios retratos del presidente.

La suerte de Madero y Pino Suárez culminó el sábado 22 de febrero, pasadas las diez y media de la noche. Los sacaron del lugar y los condujeron en dos automóviles alquilados –un modelo Protos y un Peerless– que los trasladaron por las desiertas calles de la capital hasta la parte trasera del Palacio de Lecumberri. Ahí, en medio de la oscuridad, fueron obligados a descender para asesinarlos a balazos, ahogando en sangre la primera etapa de la vida democrática mexicana del siglo xx.

Los aromas de la ciudad

Medio siglo después de los acontecimientos, Francisco Urquiza aún rememoraba el tañido de las campanas de las iglesias capitalinas para celebrar la consumación del golpe de Estado, al tiempo que los carros de basura del Ayuntamiento recorrían las calles para recoger los cuerpos de las incontables víctimas de los combates y trasladarlos a los llanos de

Zoquipa, por los rumbos de Balbuena, donde se encontraba el rastro porcino de la ciudad. Ahí los apilaban para incinerarlos en piras descritas en los siguientes términos: «Tomaban de nuevo, brevemente, vida los muertos al contacto con el fuego y se retorcián, se volteaban; estiraban las piernas y crispaban las manos».

Asimismo, Urquiza recuerda el macabro aroma emanado desde aquel lugar de la ciudad. Por su parte, Spota complementa que los encargados de los restaurantes de postín intentaron disfrazar los olores con pebeteros de bronce distribuidos en diversos puntos de sus establecimientos –que nunca cerraron sus puertas durante todos los días de la asonada–, para quemar «virutas de sándalo o pajitas japonesas, cuyos exóticos aromas disfrazaban el hedor a muerto, y se mezclaban con fragancia de las viandas y con los perfumes de París, las lociones de Inglaterra, los polvos

venecianos, de las damas y los caballeros».

Ahora, por fortuna, son otros los olores y sonidos de la calle de nuestro Centro Histórico. Algunos de los escenarios de aquellos días violentos, como La Ciudadela, hoy cumplen funciones culturales, resguardando la memoria y el conocimiento en miles de páginas de libros, lejos de las incertidumbres que narramos. 📍

Algunos de los sitios donde se vivieron hechos de sangre durante la Decena Trágica hoy cumplen funciones culturales, resguardando la memoria de la ciudad.



Biblioteca de México





LA CASA DEL MARQUÉS DEL APARTADO

POR GABRIELA CONDE MORENO

En las inmediaciones del Templo Mayor, se levanta este importante recinto arquitectónico que comenzó a construirse a finales del siglo XVIII, con elementos neoclásicos.

DURANTE LA ÉPOCA VIRREINAL, LA EXTRACCIÓN minera era una actividad fundamental, pues proveía la mayor parte de las riquezas de toda la Nueva España. A su capital llegaban lingotes de oro y plata procedentes de minas ubicadas en los actuales estados de Guerrero, Jalisco, Zacatecas, Guanajuato, San Luis Potosí y Michoacán. En la mena, o roca sobrante, se mezclaban ambos metales, por lo que era necesario separarlos. Era una tarea compleja y se requería de un proceso especializado, por lo que era necesario crear establecimientos donde esto pudiera llevarse a cabo.

En 1655, el virrey Francisco IV Fernández de la Cueva y Enríquez de Cabrera, duque de Albuquerque, sometió a concurso el oficio de Apartador General de la Nueva España, Nueva Vizcaya y Nueva Galicia. Fue designado el comerciante José de Retes Largacha, quien tuvo que pagar

sesenta mil pesos. La ganancia de Retes consistía en cobrar seis reales por cada marco de oro separado de la plata.

Tras la muerte de Retes, el oficio de apartador pasó a manos del sacerdote Francisco Antonio Bernardino de Saldivar, quien en 1718 se lo cedió a Francisco Fagoga Irigorri. Los descendientes de este último recibieron el título de marqueses y mandaron construir el inmueble que hasta hoy conocemos como la Casa del Marqués del Apartado.

Se trata de un monumental edificio palaciego que se ubica en la esquina que formaban las antiguas calles del Relox y Cordobanes –República de Argentina y Donceles, según la nomenclatura actual–. Es uno de los recintos más representativos de la arquitectura neoclásica de la ciudad, y en su construcción se refleja el pensamiento de la Ilustración y el deseo por volver a las formas de inspiración grecorromana.



Este portento arquitectónico fue construido entre 1795 y 1805 por uno de los más renombrados arquitectos y escultores de la Nueva España: Manuel Tolsá, el arquitecto y escultor valenciano a quien se deben otras obras de gran importancia para el Centro Histórico de la Ciudad de México, como el Palacio de Minería, la estatua ecuestre que popularmente se conoce como «El Caballito», además de ser el arquitecto en la etapa final de la construcción de la Catedral Metropolitana.

Este edificio neoclásico consta de tres niveles y tiene una fachada monumental hecha de cantera gris. En la cabecera frontal de la parte superior hay un relieve triangular esculpido con elementos florales. Los cristales del piso superior muestran al águila nacional y cada una de las ventanas es de vidrio esmerilado.

En su interior hay candiles de cristalería de roca, que se encuentran enmarcados en el techo. El marco del plafón lleva águilas labradas hechas en hojas de oro. Tiene pinturas al óleo aplicadas en plafones, enmarcadas con yesería, algunas con la técnica de dorado, que representan temas relativos a las artes y la justicia. En las pinturas centrales hay sellos con inscripciones.

En 1900 la Casa del Marqués del Apartado fue adquirida por el presidente Porfirio Díaz, quien la destinó para establecer ahí la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública. Un año después, comenzaron los trabajos de rehabilitación del edificio, a cargo del capitán de ingenieros Porfirio Díaz Ortega (hijo del presidente). Al excavar el patio central del edificio hallaron un basamento prehispánico que correspondía al Coateocalli o Templo de los Diversos Dioses.



En el sitio también se han hallado otras piezas importantes, como una gran escultura de basalto con la representación de una Xiuhcōatl (serpiente de fuego) y otra con la figura de un Océlotl Cuauhxicalli, que en la parte superior de la pieza contiene un bajorrelieve. Esta pieza, que se usaba en ceremonias rituales, fue encontrada en septiembre de 1985, apenas unos días antes del sismo que estremeció a la capital.

Estos descubrimientos dieron pie a una tarea de excavación mucho más exhaustiva. Fue así como se localizó también una escalinata que forma parte de una plataforma orientada de este a oeste y con acceso de sur a norte.

Estos vestigios de la época prehispánica despertaron tal interés que fue necesario habilitar una ventana arqueológica, la primera en abrirse al público en el Centro Histórico.

Durante el proceso posrevolucionario, esta construcción palaciega continuó funcionando como sede de oficinas de gobierno. En 1924, en tiempos de Álvaro Obregón, la Casa del Marqués del Apartado albergó a la Lotería Nacional y en 1929 a la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo; posteriormente dio cobijo a otras dependencias ya desaparecidas.

Enfrente de este palacio virreinal se extiende el Templo Mayor, como si dos épocas se encontraran cara a cara en unos pocos metros, sintetizando en gran medida mucha de la savia del Centro Histórico, mostrando las sucesivas capas de tiempo que lo conforman y lo mantienen vivo para todos. 📍

.....
Casa del Marqués del Apartado (República de Argentina 12).

Un paseo gastronómico por las mesas del siglo XIX

POR SOFÍA MEZA

La cultura gastronómica forma parte esencial de nuestro patrimonio cultural. En el presente texto, se nos invita a hacer un breve recorrido por los sabores y aromas que inundaban casas, calles y figones del Centro Histórico.

A PARTIR DE 2010, LA COMIDA MEXICANA OBTUVO uno de los reconocimientos más importantes que existen, al ingresar en la lista del Patrimonio Cultural de la Humanidad a cargo de la Unesco. De esta manera, se admitía el impacto y la importancia de un largo proceso de siglos enteros, en el que se conjugan una serie de elementos sumamente importantes, desde la adaptación a un medio biodiverso hasta las distintas capas del mestizaje, desde la variedad de ingredientes hasta el alto grado de imaginación en las técnicas para trabajarlos.

Como en tantos otros aspectos de la vida nacional, en este ámbito el Centro Histórico ha sido un motor primordial, pues en sus mercados y plazas, en sus conventos y cantinas se han fraguado creaciones gastronómicas que han reunido

en torno a la mesa a generaciones de capitalinos y visitantes de todo el orbe, contribuyendo a la creación de una compleja identidad multicultural.

Ya desde los códices prehispánicos se documentan las extraordinarias relaciones que los pueblos del Valle de México tenían con sus alimentos, como el chile, el frijol, la calabaza, el chocolate y el maíz, así como el impacto cultural de los tianguis donde estos alimentos se ofrecían y los sistemas de la chinampa que hacían posibles los cultivos, entre otros aspectos. No eran simples ingredientes, sino que tenían profundas cargas simbólicas, asociadas con las cosmogonías de los pueblos precolombinos.

Este fermento prehispánico recibió la herencia española, así como los aportes africanos (nuestra «tercera raíz», a menudo desdeñada) y asiáticos (en particular por el intenso



La molendera, Diego Rivera, 1923

comercio que en tiempos virreinales se estableció mediante el Galeón de Manila o la Nao de China).

En un primer momento, los conventos fueron de gran importancia para que esta mezcla pudiera madurar. Pero hubo una segunda etapa de la que no se habla lo suficiente, pese a que fue muy determinante: cuando ese mestizaje gastronómico comenzó a circular más profusamente en otros sitios públicos. Esto no sucede en un momento único, implica un largo proceso que continúa hasta nuestros días, pero sí podemos considerar una fecha que sirve como catalizador. En 1859 se promulgaron las Leyes de Reforma y se cerraron los conventos, así que las monjas y los frailes tuvieron que ser exclaustrados, «por lo que la creación culinaria quedó en las casas, los cafés, fondas y después en restaurantes que

surgieron con ese nombre a finales del siglo XIX», según apunta Ángeles González Gamio. Acaso esto explique por qué, durante aquellos tiempos, empezaron a popularizarse los recetarios de cocina mexicana, tanto en forma de libros como de álbumes manuscritos que conservaban las propias familias.

En *Memorias de mis tiempos*, Guillermo Prieto nos lega un testimonio de lo que podía encontrarse en las mesas de ciertos sectores sociales: chileatole, bizcochos de cacahuazintle, tamales cernidos, leche «con piquete», tostadas y molletes para el desayuno; un par de horas después, frijoles refritos y manchamanteles; si había visitas en el transcurso de la mañana se ofrecían vinos ligeros, queso fresco y rosquillas con azúcar y canela; hacia la una de la tarde, un plato de caldo, guajolote, empanadas, lengua y dulces de plátón.



Códice Florentino



Tras una comida tan vasta y copiosa se imponía la siesta, para estar descansado a las cinco de la tarde, cuando se rezaba el rosario. Una vez finalizado, se ofrecía una taza de chocolate aromático con un tentempié, que podía ser algo ligero como una ensalada o incluso algo más sustancioso como un mole. Y registra como una cena especial el platillo conocido entonces con el poco atractivo nombre de «olla podrida», un potaje ecléctico de verduras, legumbres y distintos tipos de carne, así como postres, en la tradición de las cocinas conventuales.

Esta exuberancia es similar a la que Manuel Payno le atribuye a la dieta de Pedro Martín de Olañeta, uno de los personajes de *Los bandidos de Río Frío*, quien comenzaba el día a las cinco de la mañana con pan y chocolate especiado; luego volvía a dormir, para levantarse hacia las diez a disfrutar un trozo de lomo con arroz, mole, frijoles y un vaso de pulque; pasadas las tres, llegaba la hora de comer

un plato de caldo, puchero, albóndigas u otros guisados, que acompañaba con frutas, dulces y «agua destilada». A las seis, llegaba la hora de los bizcochos con chocolate, que le permitían llegar bien a la cena, hacia las once de la noche, cuando le ofrecían enchiladas, chicharrón con frijoles o tamales con champurrado.

La ciudad misma ampliaba su oferta gastronómica sin limitarse al hogar. En *Diré adiós a los señores*, Orlando Ortiz cuenta que, durante la época del Segundo Imperio, había ciento diez figones, veintitrés fondas, ochenta y cuatro cafés, además de las neverías. Los restaurantes eran catorce y estaban siempre asociados a un hotel; si tenían jardín eran conocidos como «tivolis», y atendían principalmente a viajeros. Ahí estaba de moda pedir ostiones, «la comida favorita de los hijos del placer», como los llama José Tomás de Cuéllar.

Los figones solían estar cerca de las pulquerías. Uno se hizo particularmente famoso: se ubicaba por el rumbo de



San Juan y lo encabezaba una mujer conocida como Juana la Tangos, quien vestía como china poblana. El mismo Prieto nos cuenta de otro, por los rumbos del Arzobispado, que abría solo de noche y era regentado por alguien a quien conocían como Don Frijoles, quien ofrecía curados de apio, tuna, piña y almendra.

Existían también opciones para comer al aire libre, como las que estaban en el Portal de las Flores. Una de las más importantes se ubicaba por la calle de Balvanera (la actual República de Uruguay), cerca de las inmediaciones del Colegio de Portacoeli, que los jesuitas fundaron en el siglo xvii, y daba nombre a la otra calle (ahora José María Pino Suárez). Como acudían personas con menos recursos y no había sillas ni mesas, se acuñó el término de «agachados» para esos comensales, un sobrenombre que más tarde se popularizó más allá de la comida (era el título, por ejemplo, de una de las historietas de Rius).

La oferta gastronómica de la calle era completada con otras opciones. En *El libro de mis recuerdos*, Antonio García Cubas las apunta como podía encontrarlas un paseante en una noche de noviembre de 1852, cuando la capital contaba apenas con «doscientas mil almas». Cuenta que hombres de pueblo y mujeres indígenas pasaban por el Paseo de las Cadenas, a un costado de la Catedral, ofreciendo en mantas castañas asadas, turrone de almendra, enchiladas y tacos de pato, «juiles asados» y tamales, que eran la otra cara de algunos establecimientos como el Café del Cazador (por el Portal de Mercaderes), u otros preferidos de quienes salían de los teatros, como el Conejo Blanco (por el rumbo de Palma), el Café de la Bella Unión (16 de Septiembre) y el Café de la Gran Sociedad (en el desaparecido Portal del Águila de Oro, entre Isabel la Católica y Motolinía). Todo un gran mosaico que no solo alegraba los distintos paladares, sino que daba una vida intensa a las calles del Centro Histórico. 

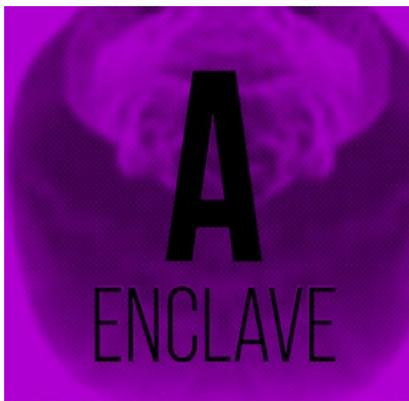


Foto: cortesía CCEMX

Festival de Poesía Transdisciplinar ENCLAVE 2021

A diez años del nacimiento de Enclave Poéticas Bifrontes/Transatlánticas, el festival sigue funcionando como plataforma para el intercambio creativo de piezas intermediales y transdisciplinarias.

Del jueves 25 al sábado 27 de febrero se llevará a cabo su edición 2021, con charlas en las que se desmenuzarán temas como el territorio de la imagen o la poesía como un acto de encuentro, confrontación y coreación. Además de las charlas, habrá *performances*, lecturas especiales, espectáculos de música y literatura extendida con la participación de escritores y músicos de España y Latinoamérica.

La edición 2021 del Festival de Poesía se podrá seguir desde sus redes sociales; Enclavefestival en Facebook y Enclaveglobal en Instagram y contará con la participación de Bartolomé Ferrando, Annuska Angulo, Ricardo Castillo, Alejandra del Río, Marcos Canteli y Roxana Crisólogo.

.....
Vela en: ccemx.org

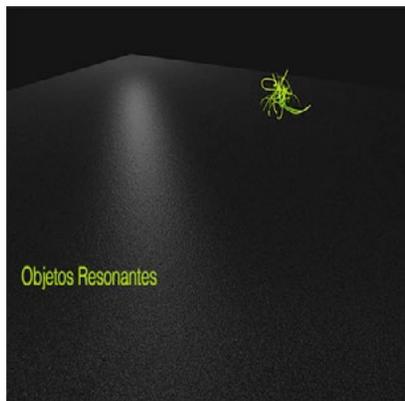


Foto: cortesía Hugo Solís

Objetos resonantes

Hugo Solís, artista egresado de la licenciatura en piano de la Facultad de Música de la Universidad Nacional Autónoma de México, presenta *Objetos resonantes*, una exposición virtual en la que recrea paisajes sonoros por medio de esculturas virtuales distribuidas en una sala. Debido a la pandemia, la instalación compuesta por objetos intervenidos con mecanismos tuvo que mudar de su versión física a la digital.

Esta pieza de arte sonoro pretende indagar en la relación entre la sonoridad y la interacción humana. Algo que podemos experimentar en esta sala virtual, que presenta esculturas coloridas, es que parecen haber sido pintadas con un pincel de realidad aumentada. El sonido de cada pieza tiene que ver con la proximidad a ella, qué tanto el espectador permanece cerca o lejos, qué otra pieza vio anteriormente y cómo interactuó con ella. Todo un viaje aural para que los visitantes virtuales tengan una experiencia inmersiva.

.....
Vela en: objetosresonantes.site



Foto: cortesía CCEMX

Asamblea Zombi

El año pasado, el Centro Cultural de España en México y el Centro Cultural Border presentaron la convocatoria anual Culturas Disidentes, un concurso dedicado a quienes trabajan con investigación y producción interdisciplinarias. Su objetivo es que un artista desarrolle un proyecto durante cinco meses y, al final del proceso, lo muestre al público.

A casi un año de la convocatoria, el Centro Cultural de España en México presenta la exposición *Asamblea Zombi* curada por el guionista argentino Pío Longo, quien junto con la directora alemana Nele Wohlatz realizó *El futuro perfecto*, cinta ganadora de reconocimientos como Mejor ópera prima en el Festival de Locarno (2016), Premio de la crítica en el Festival de Cine de Barcelona y Premio Sichtwechsel en el Festival de Cine de Hamburgo (ambos en 2017).

En *Asamblea Zombi* Pío Longo rescata la figura del no-muerto como una herramienta de crítica cultural por medio del arte y el activismo. Se basa en la idea de que cada época tiene un monstruo y los zombis son las criaturas de nuestro presente, y así analiza su existencia a través de videojuegos, series y películas.

.....
Vela en: ccemx.org

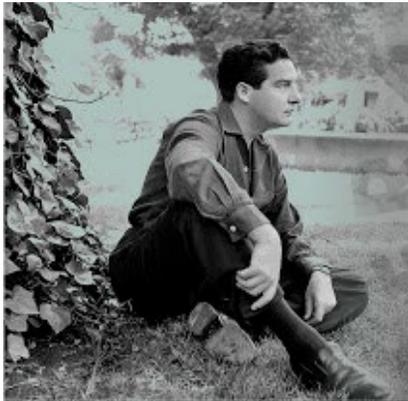


Foto: cortesía Museo del Palacio de Bellas Artes

En esto ver aquello. Octavio Paz y el arte

Octavio Paz nació en la Ciudad de México en 1914 y logró convertirse en uno de los escritores y diplomáticos más reconocidos de nuestro país. Galardonado en 1981 con el Premio Cervantes y en 1990 con el Premio Nobel de Literatura, el poeta y ensayista inspiró a miles de escritores a través de otras artes, como la pintura y la escultura.

El Museo del Palacio de Bellas Artes vuelve a ofrecer al público su exposición *En esto ver aquello. Octavio Paz y el arte*, presentada de septiembre de 2014 a enero de 2015, ahora lo hace por medios virtuales. A través de once núcleos, esta exposición nos permite acercarnos a la obra de Picasso y otros maestros del cubismo, conocer los caminos de la abstracción, reflexionar sobre la otredad mesoamericana, hasta las dos conquistas, la academia y la pintura popular, todo a través de piezas de Jackson Pollock, Mark Rothko, Paul Klee, Robert Motherwell, Frida Kahlo y Diego Rivera.

También es posible ver entrevistas de artistas como Charles Simic, Celso Lafer, Ida Vitale y Valerio Magrelli.

.....

Vela en: museopalaciodebellasartes.gob.mx/micrositios/op



Foto: cortesía Secretaría de Cultura

Actividades programadas por la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México

Durante todo el año, la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México tiene programada una serie intensa de actividades para acercarse al público. Debido al actual contexto de la pandemia, está contemplado que se lleven a cabo por distintas plataformas digitales, con la expectativa de reanudar las actividades presenciales en cuanto sea oportuno y seguro.

Dentro de lo que planean llevar a cabo, está una serie de charlas de café con músicos y compositores, enfocadas en el marco de Capital Iberoamericana de las Culturas. También se impartirán clases magistrales por maestros de la orquesta a alumnos de la Escuela Vida y Movimiento del Centro Cultural Ollin Yoliztli, del Conservatorio Nacional de Música y de la Facultad de Música de la UNAM.

A través de las minicápsulas «Desde el instrumento», los miembros de la orquesta presentarán a estudiantes y público en general distintas piezas musicales y compartirán sus conoci-

mientos para conocer mejor los instrumentos y las técnicas.

Asimismo, se retransmitirán conciertos y actividades digitales en plataformas como Capital 21, Código Radio y Opus 94. También se difundirá la serie «Miradas a nuestra historia, miradas a nuestro acervo», programa que retoma la historia de la orquesta a través de testimonios, material físico y audiovisual.

En cuanto se reanuden las actividades regulares en los teatros, habrá presentaciones de grupos de cámara en coordinación con el Sistema de Teatros; y se realizará la Gala Bicentenario, concierto que reunirá la música de los países iberoamericanos.

Se tiene contemplado, además, que para el segundo semestre del año sea posible retomar los conciertos conforme al Programa Anual de Actividades Artísticas 2021.

.....

Consulta actividades en: ofcm.cultura.cdmx.gob.mx

Los Tesoros De un Palacio

Un gato asomado

La capital de nuestro país ha sido llamada «La Ciudad de los Palacios» por los hermosos edificios de su Centro Histórico. Tales lugares tan especiales resguardan objetos valiosos e interesantes. Hoy vamos a presentarte algunos de los tesoros de uno de ellos.

¿Sabes a dónde pertenecen?
¡Busca la respuesta en la ilustración!

Calle de la Moneda



Museo de sitio
Recinto de Homenaje a
Don Benito Juárez

Salón Verde



Salón Azul



Mural «Epopeya
del pueblo mexicano»
de Diego Rivera

Comedor Presidencial



Tapices hermosos



Fuente de la piña



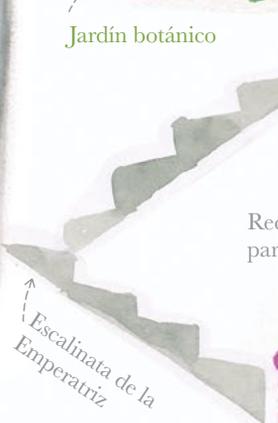
Antiguos jarrones y lámparas



Patio Principal con sus columnas, arcos y Fuente del Pegaso



Jardín botánico



Recinto parlamentario



Elevador antiguo



Escalinata de la Emperatriz

Puerta Mariana

